

La gran historia de la Orden Benedictina, de Dom Schmitz

Sin largos años de impropio trabajo y consagración verdaderamente benedictina al estudio, nunca hubiera podido el ilustre monje de Maredsous, P. Schmitz¹, trazar una obra de tal madurez y que a la vez suponga una lectura tan inmensa. Bien se merece la Orden benedictina semejante esfuerzo. Nunca se podrá enaltecer bastante su providencial acción en favor de la Iglesia y de la sociedad. Precisamente la importancia de esta historia radica en la trascendencia de la irradiación de los casi innumerables hijos de San Benito. Interesa a la historia de la espiritualidad, de las instituciones, de la sociología, de la cultura e incluso de la economía, industria y agricultura. Todos los campos quedan iluminados, porque en todos trabajaron los monjes benedictinos. En los tomos quinto y sexto se da una visión panorámica de la actividad intelectual y artística desde el siglo XII, como lo hizo para los siglos anteriores en el volumen II.

En los tomos que nos toca presentar estudia Schmitz la historia total de la Orden desde la cuestión de las investiduras hasta el día de hoy. Los siglos XII y XIII fueron de eclipse para los benedictinos "negros". Se impuso primero el Cister. A los monjes blancos siguió una gama riquísima de nuevas tendencias. Todas—exceptuando los canónigos regulares—se inspiraban en San Benito. Pero su orientación era muy distinta.

Hasta el Concilio de Constanza continuó el período de sopor. Honra al autor la sinceridad que muestra. A la vez, equilibrio de lo más difícil, su asombroso conocimiento de las circunstancias concretas le permite precisar en sus justos límites la extensión y profundidad del mal, sin dejarse llevar de generalizaciones fáciles, basadas en datos particulares y anecdóticos. Sicilia, los Países Bajos, Normandía conocieron períodos de fervor. Monasterios como Subiaco y Lieja supieron conservar encendida la ceniza de la más genuina tradición, aun en los tiempos peores.

El siglo XV vuelve a contemplar los benedictinos en forma espléndida. Es el período de las Congregaciones de Santa Justina de Padua, Kassel, Pursfeld, Melk... Por desgracia, el protestantismo volvió a talar no pocas ramas, sobre todo en Inglaterra y en el Norte de Europa. En Francia, por el contrario, se reorganizaron maravillosamente. Brotan Congregaciones con savia fecunda. Baste citar Saint-Denis, Saint-Vanne, Saint-Maur.

Las luchas internas en torno al jansenismo, sobre todo entre los maurinos, y el cataclismo de la Revolución Francesa, volvieron a sacudir violentamente el añoso árbol. El siglo XIX se abrió con síntomas de mal augurio. En todo el mundo que-

¹ DOM PHILIBERT SCHMITZ, *Histoire de l'Ordre de Saint Benoît*, t. III y IV. (Maredsous, 1948) VII-296 y 319; t. V y VI (Maredsous) 352 y 332.

daban sólo treinta monasterios benedictinos. Y alrededor de ellos el racionalismo y naturalismo, capaces de helar las floraciones más pujantes. Y, sin embargo, iba a ser el siglo de la restauración y de las grandes figuras: Wimmer, Muard, Guéranger, Woller. La Orden benedictina cobró, sobre todo en América, una fuerza nunca conocida hasta entonces.

Las oscilaciones de ocho siglos no forman el ambiente más adecuado para una espléndida floración. El boato renacentista, la indisciplina, el naturalismo, el enciclopedismo y aun la misma masonería fueron infiltrándose solapadamente dentro de los muros monacales en dosis muy diversas, estudiadas con diligencia por Dom Schmitz. La Orden ha tenido vitalidad suficiente para expeler todo germen dañino y reflorece con pujanza nueva. Esto es precisamente lo más admirable. La superación de crisis tan espantosas y el influjo que en medio de ellas han ejercido figuras tan relevantes de la Orden.

Es ésta una historia que se complementa maravillosamente con la del ilustre publicista español P. Pérez de Urbel, del que, con gran extrañeza nuestra, no viene citado ni un solo trabajo en toda la obra. Y creemos que, al menos al hablar de España, se le debía haber tenido en cuenta. En general se puede decir que Schmitz para la historia interna apenas si conoce otra literatura benedictina española fuera de la de Montserrat. En los tomos tercero y cuarto no recuerdo haber visto más nombres que los de Ríos y Seco. La historia del Padre Pérez de Urbel es de perspectivas mucho más modestas. Un solo volumen de síntesis. Sin embargo, se traspira en ella la misma realidad del ambiente benedictino. Las figuras de los grandes abades Barbo, Didier de la Cour, Blosio, Mâbillon se yerguen majestuosas cobrando vida propia. En cambio, tal vez se deje arrastrar demasiado por las tentadoras anécdotas, deduciendo del colorido de un rasgo el tono de todo el cuadro. Schmitz, como ya hemos dicho, sabe dar el alcance preciso a los datos, pero los muestra de modo demasiado descarnado. Tal vez la historia perfecta benedictina sería la que reuniera las buenas cualidades de los dos ilustres escritores.

El historiar la multiplicidad de problemas que supone la evolución complejísima de una institución que ha sobrepasado con mucho el milenio, que ha ahondado sus raíces en todos los campos de la Humanidad, y que ha influido de modo tan relevante en la Iglesia, sobrepasa la potencia de un hombre, por extraordinarias cualidades que supongamos en él. Ph. Schmitz ha tenido que apoyarse en monografías particulares. No ha investigado por propia cuenta. Ha sintetizado, dando muestra de una erudición no común, las conclusiones de especialistas. De ahí la desigualdad de su obra. Allí donde ha encontrado desbrozado el camino por historiadores como Berlière, Mâbillon, Wilmart, Besse, Grabmann, Martène, Serrano, Schulte, ha podido ofrendarnos una visión de conjunto de gran precisión. Pero en muchos puntos faltan todavía monografías preparatorias. La figura de Barbo, por poner un ejem-

plo, tendrá que rehacerla Schmitz cuando se publique el concienzudo trabajo del benedictino de San Pablo, P. Ildefonso Tassi. Pero siempre su obra resulta un repertorio utilísimo de datos y figuras, una base preciosa para ulteriores estudios.

La exposición de la actividad interna, que ocupa los dos últimos tomos de la obra, es un finísimo mosaico de datos, nombres ilustres, obras de mayor o menor importancia. Al hablar de la actividad económica estudia la evolución de la situación económica de las abadías, los sistemas varios de explotación, el comercio medieval, la administración de beneficios, las encomiendas. La actividad intelectual está estudiada con particular diligencia. Primero, unos capítulos densos sobre las bibliotecas monásticas, las imprentas, los centros de enseñanza de la Orden. Después, en desfile impresionante, van pasando los teólogos, canonistas, filósofos, historiadores, literatos, científicos, cada uno con el bagaje de sus producciones más señaladas.

En la sección dedicada a la espiritualidad la exposición de los principales escritores está llevada a cabo con bastante exactitud y conocimiento de las obras. No se puede decir lo mismo del aspecto más íntimo, de devociones, prácticas, movimientos, tendencias. Lo que dice de la permanencia de San Ignacio en Monserrat después de la confesión está en contradicción con las fuentes contemporáneas.

Aparte alguna que otra excepción rarísima (verbigracia, tomo IV, 107, VI, 225), Schmitz considera los problemas sólo desde el punto de vista de los autores benedictinos. Al fin y al cabo, se trata de una historia benedictina, y ninguno mejor que ellos para sus propias cosas. Con todo, creemos que al estudiar las relaciones con otras instituciones no hubiera estado de más el haber considerado la literatura de otros sectores. Por poner un ejemplo, algunos de los disturbios del colegio inglés de Roma y el remolino en torno a la "caza" de vocaciones aparece con un colorido distinto en el documentado trabajo, no citado por Schmitz, del P. Hicks, *The English College, Rome and Vocations to the Society of Jesus*: Archivum Hist., S. I. 3 (1934) 4-36. Sostiene también Schmitz que la adhesión al jansenismo de los benedictinos franceses se debió menos a errores doctrinales que a la oposición cerrada contra todo lo jesuítico, ya que los jesuitas eran "adversarios irreducibles de los miembros de la Congregación de San Mauro". Nosotros somos de opinión muy distinta. San Mauro es rama desgajada de St.-Vanne, repleta de auténtica savia jesuítica. Su restaurador, Dom Didier, es hijo de los ejercicios. Todos antes de entrar tenían que practicarlos. A ellos volvían continuamente a través sobre todo de Pont-à-Mousson. El episodio Mabilion-Papebroeck, pasada la primera reacción, sirvió más bien para unir más aún las dos Ordenes.

El autor, no pocas veces, al hablar de las relaciones entre jesuitas y benedictinos—colegios ingleses, jansenismo, fundaciones nuevas, a base de monasterios suprimidos—, usa de

ciertas reticencias con exquisita delicadeza, muy de agradecer, para no herir susceptibilidades. Prescindiendo de sucesos sueltos, tenemos que decir que a través de los documentos justificados las relaciones entre las dos Ordenes ofrecen una silueta mucho más risueña. Ninguna otra Orden favoreció tanto en los países germanos y aun belgofranceses las nuevas fundaciones jesuíticas. Ninguna otra Orden se sirvió tan a fondo de los ejercicios de San Ignacio. Ninguna otra Orden—exceptuando a los cartujos—mostró un afán tan grande de aprovecharse de la rica literatura espiritual jesuítica y aun de adaptar costumbres propias a la mentalidad ignaciana. Por no citar trabajos propios, baste leer el artículo del P. BATLLORI (Arch. Historicum, S. I., 17 (1948) 160-169), para ver hasta qué grado los benedictinos suizos trataron de acoplar a sus usos los libros de más rancio abolengo jesuítico, comenzando por los ejercicios espirituales de San Ignacio.

Es una pena que no haya considerado el influjo preponderante que tuvieron los ejercicios en la reforma de las Congregaciones benedictinas en los siglos XVI y XVII, sobre todo en Bélgica, Suiza, Alemania y Francia. Se limita a afirmar escuetamente la realidad de la inspiración de los métodos ignacianos en los tratados ascéticos benedictinos de los siglos XVII y XVIII (VI, 301). Y, sin embargo, creemos que la trascendencia del hecho exigía una comprobación más particularizada de esta dependencia, y sobre todo un estudio de los mismos movimientos espirituales y de los focos de espiritualidad. La floración literaria no es más que fruto y expresión de la vitalidad interna de estos centros. Además de que en obras generales, como las de Duhr, Braunsberger, Fouqueray, hubiera encontrado datos fehacientes. Los monasterios del sur de Alemania, en la región de Stiria, Baviera y Wurtemberg, unidos con los de la Suiza actual, formaron un bloque compacto de adhesión al método ignaciano. Practicaron personalmente los ejercicios abades de las grandes abadías de Saint-Gallen, Ochsenhausen, Scheyern, Weingarten, donde además subía todos los años un jesuita a darlos a los monjes. A María Laach iban los Padres de Coblenza. El abad de S. Uldarico, de Augsburg, mandó a uno de los monjes más píos y doctos que aprendiera el modo de darlos a los que no podían abandonar el monasterio. El de Neresheim mandaba de modo regular a los suyos de dos en dos al Colegio de Dilinga. En Bélgica no sólo iban los Padres a las abadías de St.-Berlin, Douai, Gante, Marchiennes, sino que benedictinos de Saint-Vaast, Saint-Sepulcre, D'Hasnon, Saint-André, iban a Douai, Cambrai, Saint-Omer. Al discípulo de Pont-à-Mousson e hijo de los ejercicios, Dom Didier de la Cour, llega a llamar Schmitz uno de "los principales restauradores de la Orden benedictina".

Estos y otros muchos datos que fácilmente se podrían multiplicar parece que no encajan en el ambiente de suspicacia que parece traslucirse del libro de nuestro autor.

IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I.